

# Política cultural exterior alemana en España durante la República de Weimar

## German cultural foreign policy in Spain during the Republic of Weimar

José María LÓPEZ SÁNCHEZ

### RESUMEN

El enorme desarrollo que la ciencia alemana vivió durante el último tercio del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX encuentra en la eficiencia de su aparato organizativo una de sus principales causas. El sistema Althoff y la Notgemeinschaft der Deutschen Wissenschaft fueron los resultados más brillantes de una política científica orientada a colocar a Alemania al frente del desarrollo científico europeo.

### PALABRAS CLAVE

Política Científica  
Política Cultural Exterior

### ABSTRACT

The emergence of a scientific policy in Germany at the end of the 19th century and at the beginning of the 20<sup>th</sup> century is due to the fact that efficiency of the German scientific bureaucracy system. The Althoff's System and the Notgemeinschaft der Deutschen Wissenschaft were the most significant outcomes of one policy which strove for placing Germany on the top of the European scientific development.

### KEY WORDS

Scientific Policy  
Foreign Cultural Policy

**SUMARIO** 1. El sistema Althoff: organización y patrocinio de la investigación científica en Alemania durante el Segundo Imperio. 2. La «Notgemeinschaft der Deutschen Wissenschaft» y los desafíos de Weimar. 3. El papel de la política cultural exterior durante la República de Weimar. 4. España en el marco de la «Kulturpolitik» alemana durante la República de Weimar.

## 1. El sistema Althoff: organización y patrocinio de la investigación científica en Alemania durante el Segundo Imperio

A lo largo del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, junto a una elite de eruditos e investigadores que encumbraron la ciencia alemana, en sus muy variadas disciplinas, a la cabeza del progreso científico, aparecieron otra serie de figuras, las cuales compaginaron su labor en la Universidad o el laboratorio con tareas administrativas e incluso políticas al frente de las corporaciones científicas o despachos ministeriales, donde hubieron de asegurar el sostenimiento de políticas científicas. Tal y como Bernard von Brocke<sup>1</sup> ha puesto de relieve, Friedrich Althoff (1839-1908) perteneció junto con Wilhelm von Humboldt (1767-1835), Carl Heinrich Becker (1876-1933) o Friedrich Schmidt-Ott (1860-1956) al abanico de los grandes científicos y políticos alemanes que tomaron las riendas de la política cultural y científica contemporánea en el país centroeuropeo.

Althoff fue quien definió las directrices en la organización de la ciencia alemana a lo largo del Segundo Imperio, primero en Estrasburgo (desde 1871 hasta 1882) y posteriormente en Berlín (desde 1882 hasta 1907). Tras la unificación del país y encargado de la configuración de un sistema científico-educativo que asegurara la posición predominante de la nueva Alemania en Europa, Althoff tuvo que hacer frente al reto de unos años donde la transición a una nueva era industrial y científico-técnica habría de traer consigo no sólo problemas desconocidos en el ámbito estatal y social, sino también en la organización y administración científica. El trabajo científico no era valorado únicamente por su contribución al saber, sino que adquirió la categoría de instrumento político y de poder, entendiéndose que si una nación quería estar a la cabeza del mundo, debería también poseer el más elevado desarrollo científico. Es este tenso nacionalismo científico, tal y como ha señalado Karl von Meyenn<sup>2</sup>, el que afloró en los intentos de colaboración de la comunidad científica internacional. La evolución política y económica de las potencias europeas, tanto en el ámbito externo como interno, el inmanente desarrollo científico que ello conllevaba, la voluntad de ejercer una *Weltpolitik*, las rivalidades de ella derivadas y la intensificación de los contactos científicos que acarrearían los avances registrados en los medios de comunicación e intercambio de noticias, colocó en la era del Imperialismo europeo y del gran capitalismo tanto a las universidades alemanas como a sus autoridades culturales

<sup>1</sup> Brocke, B. von: «Friedrich Althoff (1839-1908), Forschungsstand und Quellenlage, Bemühungen um eine Biographie», en Brocke, B. von (ed.): *Wissenschaftsgeschichte und Wissenschaftspolitik im Industriezeitalter. Das «System Althoff» in historischer Perspektive*, Hildesheim Lax, Edition Building und Wissenschaft, 1991, pp. 15-16.

<sup>2</sup> Meyenn, K. von: «Del conocimiento científico al poder de la ciencia. Ciencia y política en Alemania durante el Segundo Imperio y la República de Weimar», en Sánchez Ron, J. M. (coord.): *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones científicas 80 años después, 1907-1987*, Madrid, CSIC, col. Estudios sobre la ciencia, 5, vol. I, 1988, pp. 63-126.

delante de nuevos problemas que escapaban a los medios tradicionales para cultivo de las ciencias y amenazaban con quebrarlo<sup>3</sup>.

Junto a los elementos de naturaleza externa, la Alemania del Segundo Imperio hubo de experimentar otras transformaciones de índole interna, las cuales repercutieron en el ámbito científico y educativo. Dos procesos se dibujaron con marcada nitidez entre 1871 y el estallido de la Primera Guerra Mundial: por una parte, una tendencia a la *Demokratisierung der Bildung*<sup>4</sup> (democratización de la enseñanza) como efecto inmediato de una permanente extensión entre círculos sociales cada vez más amplios del acceso a la enseñanza superior. La progresiva implantación de la sociedad de masas y el crecimiento de la población alemana, que pasó entre 1871 y 1910 de 41 a 65 millones de habitantes, condujo a que el número de estudiantes que accedieron a estudios universitarios se triplicara, y que se acelerara la intensificación del proceso científico. El desarrollo económico industrial introdujo asimismo una diferenciación, especialización y reparto de trabajo en las disciplinas científicas, que situó al sistema universitario y a la ciencia moderna ante el cambio estructural más significativo desde el humanismo. Por primera vez tanto la enseñanza como la ciencia se convirtieron en «factor de producción». Según Brocke «sólo en este momento ya no son ciencia y educación objeto primario de la administración, sino que se convirtieron en objetos de la 'política' en el sentido amplio de la palabra, la propia educación llegó a ser (...) tema de discusión abierta entre gobierno, parlamento, partidos y opinión pública»<sup>5</sup>. En parecidos términos se han expresado Nipperday y Schmutge<sup>6</sup> al señalar que el patrocinio de la Ciencia fue hasta los años anteriores a la Primera Guerra Mundial una cuestión que concernió principalmente a las autoridades administrativas y que en la opinión pública no jugó ningún papel. Los presupuestos para Universidades y Ciencia eran aprobados en las sesiones parlamentarias y apenas daban pie a la controversia. «La ciencia no era (...) objeto de la política sino de la administración»<sup>7</sup>.

En segundo lugar y en gran parte como adaptación a esa democratización del sistema educativo, se inicia la creación de institutos de investigación científica autónomos y fuera del ámbito universitario, cuestionando con ello la tradicional unidad que venía existiendo entre investigación y enseñanza. Es ahora cuando aparece una «burocracia científica» y un cre-

<sup>3</sup> Brocke, B. von: «Friedrich Althoff (1839-1908), Forschungsstand und Quellenlage, Bemühungen... op. cit.», p. 17.

<sup>4</sup> Id., pp. 16-17.

<sup>5</sup> Id., pág. 17. La cita literal es la siguiente: «erst in dieser Zeit sind 'Wissenschaft' und 'Bildung' nicht mehr primär Objekte der Verwaltung, sondern werden zum Objekt der 'Politik' im umfassenden Sinne des Wortes, wird die Bildung selbst (...) zum Gegenstand der öffentlichen Auseinandersetzung zwischen Regierung, Parlamenten, Parteien und Öffentlichkeit».

<sup>6</sup> Nipperday, T. y Schmutge, L.: *50 Jahre Forschungsförderung in Deutschland. Ein Abriss der Geschichte der Deutschen Forschungsgemeinschaft, 1920-1970*, Berlín, 1970.

<sup>7</sup> Id., pág. 10. La cita literal dice lo siguiente: «die Wissenschaft war (...) nicht Objekt der Politik, sondern Objekt der Verwaltung».

ciente componente estatal en la financiación de la ciencia, lo cual condujo a un fortalecimiento de la influencia del Estado en dicho campo. Estos nuevos «administradores del Progreso» comenzaron a organizar, como Harnack ya señalara repetidas veces en torno al cambio de siglo, la Ciencia a modo de gran empresa<sup>8</sup>. De este modo tomó cuerpo más allá del tradicional fomento de la Ciencia el ejercicio de una auténtica «política científica» (*Wissenschaftspolitik*), que habría de entrar en conflicto con las corporaciones académicas alemanas defensoras de la existencia de un espacio libre de intromisiones estatales o políticas en el terreno de la investigación y la enseñanza. Ulrich Marsch<sup>9</sup> ha puesto de relieve que Wilhelm von Humboldt desarrolló ya en los años 1809 y 1810 la idea de que en Berlín pudieran ser erigidos institutos auxiliares, cuya función debía consistir fundamentalmente en apoyar a la Universidad y las Academias en sus labores de investigación y llevar a cabo proyectos de larga duración que las universidades, dada su naturaleza educativa, no podían asumir. Si bien, la propuesta de Humboldt no encontró eco y fue desestimada, lo llamativo era aprehender la investigación fuera del ámbito universitario como elemento de modernidad en la política científica. Este paso, en verdad, no se dio hasta el último tercio de la centuria, pero se entendió como parte integrante de una respuesta adecuada a los retos que la sociedad empezaba a plantear. Además, junto a esa *Wissenschaftspolitik* empezaron a hacer acto de presencia otra serie de términos en el vocabulario político de la época, los cuales vinieron a encarnar las aspiraciones que las esferas científicas y políticas alemanas estaban manejando: *Bildungspolitik* (política educativa), *Schulpolitik* (política escolar), *auswärtige Kulturpolitik* (política cultural exterior), e *internationale Kulturpolitik* (política cultural internacional).

La respuesta de Alemania o, mejor dicho, de Prusia en su calidad de Estado federado con mayor peso específico en el Reich al desafío que nacía se concretizó en el sistema Althoff. Friedrich Althoff entró en el desempeño de su cargo el 10 de octubre de 1882 en el Ministerio Prusiano de Educación y Ciencia y trabajó para éste veinticinco años hasta su salida el primero de octubre de 1907. Si bien nunca llegó a desempeñar el cargo de ministro o Secretario de Estado de dicho ministerio, pese a tener la oportunidad, fue él la figura en la sombra, el «Bismark del sistema universitario»<sup>10</sup>. Manfred Rasch ha subrayado que la era Althoff se caracterizó por el ejercicio de una política científica determinada por dos procesos: la «municipalización» y la «regionalización» del fomento de la investigación científica y la enseñanza<sup>11</sup>. La financiación y dirección científica habían sido durante el siglo XIX en Alemania cometidos estatales. En los últimos decenios del mismo se asistió a la multiplica-

<sup>8</sup> Adolf von Harnack fue el presidente de la Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft y esta referencia ha sido extraída de la cita que se recoge en el artículo de Brocke, B. von: «Friedrich Althoff (1839-1908), Forschungsstand und Quellenlage, Bemühungen...», *op. cit.*, p. 18.

<sup>9</sup> Marsch, U.: *Notgemeinschaft der Deutschen Wissenschaft. Gründung und frühe Geschichte, 1920-1925*, Frankfurt am Main, Peter Lang, Europäische Verlag der Wissenschaft, 1994, p. 22.

<sup>10</sup> Esta denominación apareció en un artículo del periódico *Vossische Zeitung* el 19 de octubre de 1918 y se encuentra recogida en Brocke, B. von: «Friedrich Althoff (1839-1908), Forschungsstand und Quellenlage, Bemühungen...», *op. cit.*, p. 20.

ción del número de universidades técnicas, el notable incremento de los estudios naturales y la diferenciación entre tareas de investigación y enseñanza, originándose con ello nuevos conceptos en los campos de la financiación y la organización. Para hacer frente a estos cambios Althoff puso en juego no sólo las partidas financieras del Reich, que experimentaron notables incrementos, sino también quiso emplear y ganarse el apoyo económico de círculos privados, mecenas no estatales bajo un nuevo concepto subsidiario para la financiación de la investigación y enseñanza. Fruto de ello fue, por ejemplo, la primera escuela universitaria de comercio en Leipzig (1898) y las posteriores en Frankfurt y Colonia (1901). Junto a ellas experimentaron, igualmente a escala municipal, un gran impulso la fundación de academias para la medicina práctica.

Por otro lado, el proceso de regionalización respondió a una descentralización de la política científica. Si se contempla el fenómeno bajo el estricto prisma financiero podría decirse que no existen diferencias con el anterior, pues el origen de los recursos era similar. Sin embargo, la divergencia estribó no ya en el terreno económico, sino en el directivo. La aparición de determinados centros de investigación o enseñanza respondió al peso específico que los intereses regionales atribuyeron a diferentes disciplinas. Fue así como, por ejemplo, el Derecho alcanzó una especial relevancia en las universidades de Heidelberg o Halle y las ciencias naturales con la fundación en 1887 de la *Physikalisch-Technische-Reichsanstalt*.

Por medio de estos dos procesos, señala Rasch<sup>12</sup>, se colocaron los cimientos para el fracaso de las pretensiones estatales de liderazgo en el terreno de la dirección científica. Mecenas privados, empresas del ámbito industrial, diferentes asociaciones y municipios amenazaron a través de fundaciones, donaciones o sociedades científicas el monopolio del Estado en la dirección de la política científica alemana. Esta pérdida de autoridad encontró pronto, por parte del gobierno alemán, una respuesta. El Estado, en cualquier caso, conservó un alto grado de autoridad allí donde él representaba la principal fuente de ingresos. Por ello, la historiografía<sup>13</sup> ha puesto de relieve que la fundación de la *Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft* (KWG) en 1911 enraizó en la idea de concentrar todas aquellas fundaciones y donaciones, principalmente para las Ciencias Naturales, en una sola organización capaz de aunar los esfuerzos y conducirlos a fines científicos comunes, más que en una intención del gobierno por frenar la creciente influencia que aquellos grupos estaban alcanzando en el campo de las ciencias. Sin embargo, esta segunda motivación parece no estar tan diluida y jugó quizás un papel de mayor protagonismo en la creación de la KWG.

<sup>11</sup> Rasch, M.: «Kommunalisierung, Regionalisierung und Konzentrierung: Aspekte preußischer Wissenschaftspolitik unter Friedrich Althoff und seinen Nachfolgern», en Brocke, B. von (ed.): *Wissenschaftsgeschichte und Wissenschaftspolitik im Industriezeitalter...*, op. cit., pp. 109-122.

<sup>12</sup> Rasch, M.: «Kommunalisierung, Regionalisierung und Konzentrierung: Aspekte preußischer Wissenschaftspolitik unter Friedrich Althoff...», op. cit., p. 114.

<sup>13</sup> Defensores de esta idea son los artículos de Meyer, K. von: «Del conocimiento científico al poder de la ciencia...», op. cit., pp. 77 y ss., y Rasch, M.: «Kommunalisierung, Regionalisierung und Konzentrierung: Aspekte preußischer Wissenschaftspolitik unter Friedrich Althoff...», op. cit., pp. 116-117.

La Constitución alemana de 1871 dotó al país de un sistema federal, en el que los Estados miembros eran los portadores de la soberanía. Ulrich Marsch<sup>14</sup> ha puesto de manifiesto que de esta forma encontró reflejo la tradicional autonomía de los *Länder*. Las competencias legales en materia de política interior siguieron perteneciendo fundamentalmente a los Estados federados y una parte esencial de la misma la constituían todas las cuestiones relacionadas con la política educativa, científica y cultural. De acuerdo a sus facultades y en correspondencia con las exigencias del momento, los *Länder* se embarcaron en una política de fundaciones, tanto de centros educativos como investigadores. La ventaja estuvo del lado de Prusia, el más grande y rico de los Estados federales del Reich. No es sólo que Prusia pudiese presumir de reunir tantos o más centros dedicados a la formación y a la investigación que el resto de los *Länder*, sino que además sus fundaciones se habían convertido en espejo donde el resto de los Estados alemanes se miraban a la hora de erigir sus propias universidades e institutos de investigación. A partir de 1870, el propio Reich aspiró a convertirse en elemento promotor de empresas científicas financiando algunas de relieve, como por ejemplo el diccionario de la lengua alemana *Grimm* (1892), los *Monumenta Germaniae Pedagogica* (1899), la Estación Central de Investigaciones Sísmicas en Estrasburgo o la *Physikalisch-Technischen Reichsanstalt* entre otros, e incluso en el extranjero algunos centros de prestigio como el Instituto Arqueológico en Roma. A través de nuevas fundaciones o el sostenimiento de las ya existentes, el Reich y Prusia fueron adquiriendo un peso creciente en la política de patrocinio científico, lo cual entró en conflicto con el tradicional papel hegemónico de los restantes *Länder* en dichas materias y despertó el recelo de los mismos con respecto a Prusia. Esta paulatina intromisión fue vista, sin embargo, desde Berlín como una adecuada respuesta a las necesidades y crecientes problemas que en materia científica se estaban planteando y a los cuales la hasta ahora política autónoma de los Estados federales no podía hacer frente. Por tanto, concluye Marsch, a finales del Segundo Imperio ya no era imaginable una política de investigación sin el Reich como fuente suplementaria de ingresos para empresas científicas<sup>15</sup>.

Con la aparición de la *Kaiser Wilhelm Gesellschaft*, cuya presidencia recayó en Adolf von Harnack, se logró concentrar los recursos económicos procedentes, en su mayor parte, de manos privadas bajo una dirección única que administrara unas donaciones destinadas casi de manera exclusiva al fomento de las ciencias naturales. Bajo la disciplina de la KWG se fusionaron principalmente institutos científicos destinados a las investigaciones físicas, químicas y médicas, que estaban extendidos a lo largo de la geografía alemana. La novedad que esta sociedad científica introdujo en el sistema

---

<sup>14</sup> Marsch, U.: *op. cit.*.

<sup>15</sup> Marsch, U.: *op. cit.*, p. 21.

investigador alemán fue su modelo de organización económico-administrativa. Friedrich Schmidt-Ott, estrecho colaborador de Althoff, consiguió imponer una novedosa relación entre el aparato financiero de la sociedad y su eje directivo. La KWG se nutrió, antes del estallido de la guerra, esencialmente a través de donaciones y contribuciones de sus mecenas, los cuales pertenecían en su mayor parte al mundo industrial alemán. Sin embargo, Schmidt-Ott, el cual se convirtió durante la república de Weimar en una de las figuras claves de la política científica, consiguió evitar una dependencia excesiva de la sociedad con respecto a sus benefactores. Para impedir que los círculos económicos que sostuvieron la KWG pudiesen ejercer una influencia decisiva en la toma de decisiones de la misma y en la orientación de sus actividades, se escogió para los cargos de directores en los diferentes institutos que se agruparon bajo la KWG a profesores universitarios y científicos de prestigio. Asimismo logró Schmidt-Ott mantener al Estado, que después de la guerra destinó partidas económicas al sostenimiento de la KWG, alejado de la gestión directiva de la sociedad. Este sistema de financiación mixta y administración independiente era desconocido, al menos en esa extensión, y fue contemplado a modo de experimento.

## 2. La «*Notgemeinschaft der Deutschen Wissenschaft*» y los desafíos de Weimar

Tras la derrota en la Primera Guerra Mundial Alemania arrojó una dura posguerra, marcada por la inestabilidad política y económica en el interior del país. En el terreno educativo y científico, los presupuestos de las universidades y los institutos de investigación permanecieron anclados en los niveles de 1913, pero con una sensible diferencia: el país se enfrentaba ahora a una pérdida paulatina de poder adquisitivo, al encarecimiento de los precios, un incremento exponencial de la población desempleada y a una inflación monetaria de proporciones desconocidas. Esta penosa situación económica sirvió de acicate a un incremento de las llamadas de auxilio dentro de los ambientes científicos. No se deseaba que fuera la investigación quien hubiese de pagar con recortes presupuestarios el precio de las contramedidas gubernamentales destinadas a paliar la crisis.

En este momento es cuando los círculos científicos alemanes apelaron con mayor fuerza a argumentos políticos con el objetivo de intentar mantener a flote las subvenciones que el aparato universitario y de investigación científica alemán necesitaba para su sostenimiento. En los años inmediatos al final de la guerra se elevaron voces que exigieron una implicación plena del Reich en la financiación de la enseñanza y la investigación, es decir, una verdadera *Wissenschaftspolitik*, que fuera más allá del sostenimiento de determinadas empresas científicas y se involucrara de lleno en una financiación extensiva de las actividades científicas alemanas. De acuerdo con esta argumentación, el ejercicio de la ciencia había superado, en Alemania, las posibilidades de los Estados federados y, por ello, era necesario que el propio Reich se pusiera al frente de una nueva política científica, que ya no tuviera en cuenta los particularismos regionales y adquiriera un carácter nacional, pues tras el desastre bélico,

Alemania había perdido el poder político y militar imprescindible para ejercer una política mundial al nivel de las potencias vencedoras. Ahora era la ciencia el único instrumento capaz de garantizar el desarrollo interno del país y de sostener el prestigio de Alemania en la política internacional. Se contemplaba el conocimiento científico como algo más allá de una fuerza moral. Era una reivindicación directa del *poder de la ciencia*.

En febrero de 1920 esas reivindicaciones adquirieron una forma concreta. La Academia Prusiana de las Ciencias elevó un escrito a la Asamblea Nacional reunida en Weimar, solici-tándoles la suma de 3 millones de marcos para fines científicos. Aquél escrito iba acompaña-do de un alegato redactado por Adolf von Harnack:

«A las necesidades vitales del Estado pertenece también el sostenimiento de los pocos ele-mentos activos de importancia que aún posee.

Entre estos elementos activos le corresponde a la ciencia alemana un puesto destacado. Ella es el más importante requisito no sólo para el mantenimiento de la enseñanza en el país así como la técnica y la industria de Alemania, sino también para su prestigio y posición en el mundo. (...) Antes de la guerra se asentaba el prestigio de Alemania en su poder militar, su industria (y comercio) y en su Ciencia; (...). Pero ahora el poder militar esta destruido, y tanto la indus-tria como el comercio están debilitados de cara al exterior; la ciencia, sin embargo, y a pesar de la pérdida de miles de sus representantes, está todavía en pie, si bien la ruina la amenaza.»<sup>16</sup>

Se había alcanzado el cénit en las reflexiones acerca de hasta qué punto el Reich, los *Länder* o ambos podían integrarse con lazos más fuertes en sus responsabilidades con respecto a las ciencias y sus instituciones. De acuerdo con la Constitución de Weimar eran los Estados federales, igual que antes, quienes tenían las competencias en materia cultural y educativa. Sin embargo, la estructura organizativa del Ministerio del Interior alemán se completó con la organización de un Departamento de Política Cultural (*Kulturpolitischen Abteilung*). Asimismo tanto este cuerpo ministerial como el de Hacienda tenían que dedicarse de mane-rra más intensa al patrocinio tanto de las ciencias como de los centros donde se impartía su enseñanza o se investigaba acerca de ellas. Para Notker Hammerstein<sup>17</sup> se había abonado con

<sup>16</sup> «Zu den vitalen Notwendigkeiten des Staates gehört auch die Erhaltung der wenigen großen Aktivenposten, die er noch besitzt. Unter diesen Aktivposten kommt der deutschen Wissenschaft eine hervorragende Stelle zu. Sie ist die wichtigste Voraussetzung nicht nur für die Erhaltung der Bildung im Lande sowie für die Technik und Industrie Deutschlands, sondern auch für sein Ansehen und seine Weltstellung. (...) Vor dem Kriege gründete sich das Ansehen Deutschlands auf seine Militärmacht, seine Industrie (und Handel) und seine Wissenschaft (...). Nun aber ist die Militärmacht vernichtet, und Industrie und Handel sind aufs äußerste geschwächt; die Wissenschaft aber, trotz des Verlustes von Tausenden ihrer Träger, steht noch immer aufrecht, doch droht auch ihr der Untergang». Extracto citado en Zierold, K.: *Forschungsförderung in drei Epochen. Deutsche Forschungsgemeinschaft. Geschichte. Arbeitsweise. Kommentar*, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag GMBH, 1968, pp. 4-5.

<sup>17</sup> Hammerstein, N.: *Die Deutsche Forschungsgemeinschaft in der Weimarer Republik und im Dritten Reich. Wissenschaftspolitik in Republik und Diktatur, 1920-1945*, München, Verlag C. H. Beck, 1999, pp. 32-39.

ello el terreno en el que se podría reflexionar sobre nuevos y suplementarios métodos de financiación de las ciencias y los científicos.

No se puede perder de vista este contexto social, político y científico a la hora de comprender el nacimiento de la *Notgemeinschaft der Deutschen Wissenschaft* (la Asociación para el Socorro de la Ciencia Alemana) en 1920. Las dos principales personalidades de la NDW fueron Friedrich Schmidt-Ott, su presidente, y Fritz Haber. Además, alrededor de la *Notgemeinschaft*, bien formando parte de su aparato organizativo o bien de los círculos científicos que en torno a ella se movían, puede enumerarse a importantes miembros de la comunidad erudita alemana, entre otros Max Planck, Walter v. Dyck, o Adolf von Harnack. Todos ellos, junto a algunos miembros de la escena política alemana, como por ejemplo Karl Heinrich Becker o Georg Schreiber, venían reflexionando sobre posibles y nuevos caminos para una mejor financiación y dotación de la ciencia e investigación en Alemania. Propuestas ya habían surgido antes de la guerra, pero con el final del conflicto se multiplicaron las manifestaciones en este sentido. Si bien no todas aquellas aspiraciones eran compatibles entre sí y, en último término, condujeron al fracaso de una solución común, lo más importante es que los resultados de las mismas pusieron los primeros cimientos de lo que en poco tiempo habría de ser la *Notgemeinschaft*.

Desde círculos científicos, algunas voces significativas como las de Schmidt-Ott o Harnack, apuntaban a la necesidad imperiosa de superar los particularismos regionales y practicar una política científica bajo la batuta del Reich. Tanto en el escrito antes mencionado de Harnack como en otro firmado por Schmidt-Ott en marzo de 1919 bajo el título *Die Kulturaufgaben und das Reich* («Las tareas culturales y el Reich») se otorgaba una gran importancia al cuidado de los valores culturales que sobrevivieron la guerra y cuyo sostenimiento interesaba proteger a modo de objetivo político, con el fin de asegurar la unidad interna del país y el prestigio de Alemania en el extranjero. Sin duda, lo más importante de estas apelaciones es comprobar que se recurre a un concepto de Ciencia como poder, más que como valor moral. El objetivo era conseguir que el propio Estado se implicara en su financiación. Tanto Harnack como Schmidt-Ott o Haber representaron el escalón final de una evolución que se acelera a partir del último tercio del siglo XIX, la aparición del científico preocupado no sólo por su actividad en el laboratorio, sino implicado de lleno en garantizar ésta para él o para otros a través de un intento de ganarse a los círculos políticos o económicos que habían de asegurar los recursos imprescindibles para ello.

En la misma moneda, pero en la otra cara, se encontraban los miembros del espectro político. Aquí, sin duda, dos figuras sobresalen por encima de las demás: Karl Heinrich Becker y Georg Schreiber. El primero, miembro del SPD, estuvo especialmente comprometido con la idea del Reich como instancia central en las labores de fomento científico y cultural. En 1919 escribió *Kulturpolitische Aufgaben des Reiches* («Deberes político-culturales del Reich»), donde compartía con los anteriores la necesidad de superar un patrocinio regionalista de las tareas culturales con el objeto de

conseguir «un empleo consciente de los valores espirituales en servicio del pueblo o del Estado para la consolidación interior y para la competencia exterior con otros pueblos»<sup>18</sup>. Becker creyó ver en Alemania una ausencia de unidad interior. Era este un problema que, a su modo de ver, encontraría solución únicamente a través de una política cultural nacional, cuyo depositario debía ser el Reich. El ideal de Becker comprendía también una «comunidad de trabajo» «mutuo que agrupara a la Industria y a la Ciencia». Con el fin de evitar una excesiva influencia de la primera sobre la segunda creyó Becker necesario la aparición de una entidad que rigiera esas relaciones bajo la tutela del Estado. A esta última intención se oponían sin embargo Schmidt-Ott, Haber, Harnack y otros, que aspiraban a la existencia de una entidad autónoma, libre de las ataduras que los intereses tanto por parte del Estado como por parte de la Industria podrían imponerle. Por su parte, Georg Schreiber, miembro del Partido de Centro Católico, demostró ser más pragmático. Más cercano a los círculos científicos que Becker, comprendió mucho mejor las exigencias de éstos y en el Parlamento (*Reichstag*) se convirtió en el principal adalid y más importante apoyo a las reivindicaciones que los miembros de la *Notgemeinschaft* realizaron a lo largo del tiempo. Defensor de la autonomía científica, Schreiber<sup>19</sup> avaló un Estado comprometido con el sostenimiento de las políticas científicas y culturales que habrían de servir al logro de las necesidades que el país tenía, pero sin intromisiones tutelares en la administración de las mismas.

A lo largo de 1920 se gestó la idea que acabó fructificando ese mismo año en la creación de la *Notgemeinschaft der Deutschen Wissenschaft*. Los dos impulsores fueron Schmidt-Ott y Haber. En marzo de 1920 tuvieron lugar los primeros contactos entre ambos y diferentes autoridades científicas alemanas, principalmente prusianas, y entre las cuales se encontraban la Academia Prusiana de las Ciencias, la Universidad de Berlín, la Escuela Superior Técnica de Berlín, representantes de diferentes corporaciones técnico-científicas, de los institutos de la *Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft* y de la Biblioteca Estatal Prusiana. El 30 de abril lograron que entrara en juego el factor político, pues los representantes de las anteriores instituciones se reunieron con el Ministerio del Interior, cuya cartera ocupaba Koch-Weser, para discutir acerca de la crítica situación que la Ciencia alemana estaba atravesando. Tanto en esta reunión como en otra posterior el 22 de junio, el Ministerio del Interior aprobó una serie de partidas con destino a aliviar la penuria económica y el 24 de junio se aprobó la constitución provisional de la *Notgemeinschaft*. Finalmente el 30 de octubre de 1920 tuvo lugar la

<sup>18</sup> La cita literal reza lo siguiente: «eine bewußte Einsetzung geistiger Werke im Dienste des Volkes oder des Staates zur Festigung im Innern und zur Auseinandersetzung mit anderen Völkern nach außen», citado en Marsh, U.: *op. cit.*, 1994, p. 47.

<sup>19</sup> Schreiber, G.: *Die Not der deutschen Wissenschaft und der geistigen Arbeiten. Geschehnisse und Gedanken zur Kulturpolitik des Deutschen Reiches*, Leipzig, 1923. Una copia de este libro se conserva en el Bundesarchiv (Berlín): R431812.

sesión inaugural. Se había dado el paso definitivo en la organización del sistema de apoyo financiero a la investigación científica durante la República de Weimar.

Reunidas bajo la NDW se agruparon las más importantes entidades científicas y culturales alemanas: Academias de las Ciencias, todas las Universidades y Escuelas Superiores Científicas, la *Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft*, la Asociación alemana de Corporaciones Técnico-Científicas y la Sociedad de Médicos y Naturalistas alemanes. En cualidad de órganos superiores de la *Notgemeinschaft*, además de una Asamblea general de miembros (*Mitgliederversammlung*), se encontraban una Presidencia (*Präsidium*), una Comisión Ejecutiva (*Hauptausschuß*) y Comités técnicos especializados (*Fachausschüsse*). En la sesión inaugural fue aprobado asimismo el Estatuto<sup>20</sup> que rigió la organización de la entidad. El párrafo §4 trata de la Presidencia y en él se dice que se compone de cuatro miembros: el Presidente de la *Notgemeinschaft*, dos Vicepresidentes y el Presidente de la Comisión Ejecutiva. La duración del cargo tanto para el Presidente como Vicepresidentes era de tres años con posibilidad de reelección. La Presidencia decidía, en consulta y de acuerdo con la Comisión Ejecutiva, sobre el empleo de los recursos financieros puestos a disposición de la NDW. Las decisiones de la Presidencia se adoptaban a través de la votación de sus miembros. En caso de igualdad el voto del Presidente era el decisivo. Por su parte, la Comisión Ejecutiva estaba compuesta, según §5, por once miembros y otros tantos sustitutos. Su principal misión era asesorar a la Presidencia en la marcha de las actividades y, principalmente, en el reparto de los recursos financieros. Constaba de un Presidente, que era miembro asimismo de la Presidencia y su cargo alcanzaba también una duración de tres años y existía la posibilidad de reelección.

Por lo que a los Comités técnicos se refiere, el apartado §9 se ocupa de ellos, y según éste estaban compuestos por entre 3 y 9 miembros, cuyo primer nombramiento recayó en la Presidencia y la Comisión Ejecutiva. La duración de su cargo era de dos años y cumplido el primer plazo, la renovación no se hacía ya a través de un nuevo nombramiento sino que fue llevado a cabo a través de elecciones, cuyo procedimiento fue definido cuando se hubo de renovar los Comités por primera vez. Para esas elecciones se elaboraron una serie de listas de candidatos y sobre ellas habría de elegir un censo compuesto por los investigadores y científicos alemanes adscritos a universidades, institutos o centros de ciencia del país. Además, la *Notgemeinschaft* podía reservarse el derecho de incluir en ese censo a aquellos eruditos que, si bien no trabajaban para una institución científica concreta, sin embargo, por su relevancia y significado en el mundo científico alemán eran merecedores de ser llamados a consulta. La reelección de los miembros también era posible. El Estatuto no ofrece una definición clara de las funciones de estos Comités y hasta 1921 no tomaron cuerpo. Constituyeron una parte esencial de la NDW, alcanzando en un principio una cifra de veinte y ampliados a veintiuno

---

<sup>20</sup> Estos estatutos se pueden consultar en la fundación: Archiv zur Geschichte der Max-Planck-Gesellschaft (Berlín), *Notgemeinschaft der Deutschen Wissenschaft*, I, 1A, 919.

con posterioridad. Cada uno de ellos tenía al frente un presidente y estaban orientados a una disciplina científica diferente. Su función consistió esencialmente en discutir y decidir acerca de las solicitudes de ayuda para proyectos científicos que, en sus respectivas disciplinas, eran elevadas a la *Notgemeinschaft* por diferentes aspirantes. Su resolución debía ser trasladada a la Presidencia, quien tenía la última palabra sobre la viabilidad del proyecto y su financiación. Además contaban con la posibilidad de desplegar sus propias iniciativas, no reduciéndose, por tanto, en la práctica a la simple tramitación de solicitudes.

Finalmente, la Asamblea general de miembros fue quizás el órgano con menor peso en el cuerpo administrativo de la NDW, pues se reunía sólo una vez al año, generalmente fuera de Berlín, en gran medida para frenar posibles críticas de centralismo por parte de las autoridades culturales de otros Estados federados. A ella le correspondió elegir a los miembros de la Presidencia y de la Comisión Ejecutiva, según el apartado §11, pero esta facultad quedaba matizada porque la Asamblea general se limitó a ratificar las propuestas realizadas tanto por la Presidencia como por la Comisión Ejecutiva. El resto de sus actividades se redujeron en la práctica a dar su visto bueno al informe anual de actividades que la Presidencia le presentaba cada año. Además, sus reuniones estaban presididas y eran convocadas por el propio Presidente de la *Notgemeinschaft*.

Este fue el organigrama principal en el que las actividades de la NDW se asentaron. No obstante, a lo largo de los años veinte se completó en cierta medida para dar respuesta a necesidades que iban naciendo. Por ejemplo, se organizaron Comités especiales para compensar las carencias de las bibliotecas alemanas, generadas durante la guerra, con la compra e intercambio de libros bien en el extranjero o bien en la propia Alemania o para dotarla con material instrumental y equipos científicos los diferentes laboratorios. Junto a esto, los caminos para el patrocinio de la investigación, tal y como ha señalado Zierold<sup>21</sup>, transitaban a través de la concesión de becas de investigación, el pago de ayudantes científicos que habrían de incorporarse a institutos de investigación y la concesión de ayudas para viajes científicos o expediciones arqueológicas.

En cualquier caso, lo esencial fue que la NDW se convirtió en la máxima instancia científica de la Alemania de entreguerras, en especial durante la república. Ella fue la depositaria de las dotaciones presupuestarias que el Reich destinó al cultivo de la ciencia y de algunas otras donaciones particulares o de fundaciones tanto alemanas como extranjeras. Para la administración de esos fondos se unieron en torno a ella una serie de científicos preocupados por el devenir de la ciencia alemana y convertidos en administradores estatales de dinero público. La *Notgemeinschaft* disfrutó de una autonomía administrativa que se acercó mucho al ideal que Schmidt-Ott, Haber o Harnack venían reclamando en los últimos años. Si bien es cierto que el Reich se aseguró representatividad entre los miembros de la NDW,

---

<sup>21</sup> Zierold, K.: *Forschungsförderung in drei Epochen. Deutsche Forschungsgemeinschaft. Geschichte. Arbeitsweise. Kommentar*, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag GMBH, 1968, pp. 67-102.

también lo es el hecho de que quien tuvo la última palabra en el reparto de las asignaciones económicas fue siempre aquel núcleo de científicos gestores. Schmidt-Ott presidió la sociedad hasta su dimisión en 1934, presionado por las nuevas autoridades «científicas» del III Reich. Fritz Haber, por su parte, reconocido junto con Schmidt-Ott como padre de la NDW, ocupó su cargo de vicepresidente y fue activo miembro de la misma tanto ante el Parlamento como en el organigrama de la entidad hasta su separación en 1933, debido a que su origen judío no casaba con los nuevos vientos que soplaban. Harnack, además de presidente de la KWG, desempeñó la presidencia del Comité Ejecutivo de la *Notgemeinschaft*. Junto a ellos y en diferentes puestos, destacaron otras figuras como la de Max Planck, Friedrich von Müller, Walter von Dyck o Heinrich Konen.

### 3. El papel de la política cultural exterior durante la República de Weimar

A lo largo de las dos o tres primeras décadas del siglo XX se consolidaron en el espectro político alemán no sólo nuevos campos de acción, sino también un nuevo vocabulario político. Desde diferentes círculos políticos o intelectuales comenzó a hablarse de la importancia que para el país podía tener una política cultural orientada hacia el extranjero (*auswärtige Kulturpolitik* o *internationale Kulturpolitik*). Los primeros y tibios comienzos de una actividad cultural que tuviera como objetivo territorios o población fuera de las fronteras del Reich se remontan al cambio de siglo o primeros años de la nueva centuria. Antes de 1920 hubo en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán (*Auswärtiges Amt*) tan sólo dos negociados culturales, uno para Arte y Ciencia, creado en 1896, y otro orientado a los asuntos escolares (*Schulreferat*), aparecido el 1 de abril de 1906. De estos dos, el primero no desplegó ninguna actividad político-cultural<sup>22</sup>. Por su parte, el segundo tampoco desarrolló ningún tipo de tareas semejantes, al menos en sus primeros años.

Los primeros pasos en este sentido se dieron en torno a 1905, cuando el propio Kaiser y Althoff pusieron en marcha los mecanismos necesarios para iniciar un intercambio de profesores con los Estados Unidos. Durante los años que transcurrieron hasta la Primera Guerra Mundial, las únicas empresas culturales iniciadas con ambiciones de ejercer una *Kulturpolitik* fueron la fundación de escuelas y centros de enseñanza en China, Próximo Oriente y Asia Central, en cuyos proyectos tomó parte el negociado escolar del Ministerio. En esta aparente apatía jugó un importante papel el desinterés de las autoridades ministeriales alemanas, más preocupadas por los problemas del ámbito interno en materia de enseñanza. No se trata, en este caso, de la ausencia de fundaciones alemanas en el extranjero, pues las había y algunas de ellas con larga tradición, como por ejemplo el Instituto Arqueológico en Roma (desde 1829) y colegios alemanes en el extranjero. Sin embargo, una voluntad activa de desplegar una

<sup>22</sup> Así se desprende del artículo de Schmidt, F.: «Anfänge deutscher Kulturpolitik im Auslande», en *Zeitschrift für Politik*, año 3, cuaderno n.º 3, diciembre 1956.

política cultural de cara al extranjero no comenzó a hacerse notar hasta los años inmediatamente anteriores al estallido de la Gran Guerra y los primeros en tomar conciencia de ello fueron algunos círculos intelectuales.

Este es el caso del historiador Karl Lamprecht, que en 1912 vindicó que la política cultural que las autoridades alemanas estaban desempeñando en el interior del país se ejerciera, en parecidos o iguales términos, pero de cara a las relaciones exteriores de Alemania. Lamprecht creyó ver un notable retraso de Alemania con respecto a otras grandes potencias como Francia, Estados Unidos o Inglaterra, que habían cuidado mucho mejor estos terrenos de la acción política<sup>23</sup>. Estas exigencias no estaban exentas de un fin *propagandístico* como muy bien puso de manifiesto una carta que el propio Canciller alemán envió a Lamprecht el 21 de junio de 1913:

«Estoy convencido con Usted de la importancia e incluso de la necesidad de una política cultural exterior. No ignoro el provecho, que la política y la economía de Francia han sacado de esta propaganda cultural, tampoco el papel que la política cultural británica juega en la cohesión del imperio británico. También Alemania, si quiere ejercer una política mundial, tiene que recorrer ese camino.»<sup>24</sup>

Las aspiraciones de Lamprecht, sin embargo, no encontraron el efecto esperado, pues tanto el Canciller como la clase política alemana, aun reconociendo la trascendencia de aquella necesidad, se negaron a emprender cualquier iniciativa orientada en ese sentido. No obstante, parte de la izquierda liberal alemana se concienció de la necesidad que tenía una potencia, si quería ejercer como tal en el ámbito internacional, de tomar medidas en esa dirección. El objetivo era preparar el camino a un desarrollo de las actividades económicas fuera de Alemania a través de la influencia y simpatía que el país pudiese ganar desplegando una actividad cultural<sup>25</sup>. La situación cambió con el final de la guerra, el cual puso en juego dos condicionantes: por un lado, el boicot decretado por las potencias aliadas contra la ciencia alemana y, por otra parte, la multiplicación de las exigencias para ejercer una *Kulturpolitik* como respuesta a ese boicot.

Las potencias vencedoras castigaron a Alemania en Versalles no sólo con medidas económicas y políticas, sino que el mundo científico también se resintió. Terminada la guerra, se

<sup>23</sup> Düwell, K.: *Deutschlands Auswärtige Kulturpolitik, 1918-1932. Grundlinien und Dokumente*, Köln-Wien, Böhlau Verlag, 1976, pp. 14 y ss.

<sup>24</sup> Geheimes Staatsarchiv Preussischer Kulturbesitz (Berlín): VI. HA NL Schmidt-Ott Nr. A LXXVII. La carta original dice lo siguiente: «Ich bin mit Ihnen von der Wichtigkeit, ja der Notwendigkeit einer auswärtigen Kulturpolitik überzeugt. Ich verkenne nicht den Nutzen, den Frankreichs Politik und Wirtschaft aus dieser Kulturpropaganda zieht, noch die Rolle, die die britische Kulturpolitik für den Zusammenhalt des britischen Weltreichs spielt. Auch Deutschland muß, wenn es Weltpolitik treiben will, diesen Weg gehen.»

<sup>25</sup> Esta idea la recoge Kloosterhüs, J.: «Deutsche Auswärtige Kulturpolitik und ihre Trägergruppen vor dem Ersten Weltkrieg», en Düwell, K. y Link, W.: *Deutsche Auswärtige Kulturpolitik seit 1871. Geschichte und Struktur. Referate und Diskussionen eines interdisziplinären Symposiums*, Köln-Wien, 1981.

certificó también la expulsión y la exclusión de los científicos alemanes de la mayor parte de los organismos científicos internacionales, congresos y, en general, todo acto de naturaleza científica o cultural. En el marco de la Sociedad de Naciones crearon los aliados el *Conseil International des Unions Scientifiques* y la Asociación Internacional de las Academias, organismos que se encargaron de certificar la exclusión de las potencias centrales del mundo científico en la posguerra. Los efectos de este boicot se dejaron sentir hasta finales de los años veinte y la respuesta alemana fue la «autosuficiencia»<sup>26</sup>, manifiesta en la *Notgemeinschaft der Deutsche Wissenschaft* y en la política cultural exterior.

Entre otras medidas, se llevó a cabo dentro del *Auswärtiges Amt* un reajuste de los departamentos hasta ahora orientados a asuntos culturales. La principal novedad consistió en agruparlos a todos bajo una única sección, el *Kulturabteilung*, que abarcaba todas las cuestiones relativas a arte y ciencia, enseñanza e iglesia. Se estableció así un departamento autónomo, cuyo origen encontraba eco tanto en las aspiraciones que Becker había manifestado de erigir una instancia central para política cultural dentro del Reich, como en los roces que sobre estas materias existían dentro del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán. A partir del 1 de octubre de 1920 comenzó a funcionar esta nueva sección con cuatro negociados, cada uno de ellos encargado de diferentes ámbitos de trabajo en la política cultural exterior. Al nuevo departamento se le asignaron un conjunto de actividades que Düwell<sup>27</sup> ha clasificado en cinco campos: las escuelas y colegios alemanes en el extranjero, los institutos científicos, el intercambio de estudiantes y científicos, el trabajo de médicos y hospitales alemanes en el extranjero y, finalmente, el fomento y cuidado del idioma, literatura, música y arte alemanes. Los empeños de la política cultural alemana estaban dirigidos no sólo a las naciones extranjeras, sino fundamentalmente a los 30 millones de alemanes que vivían fuera de las fronteras del Reich.

#### 4. España en el marco de la «Kulturpolitik» alemana durante la República de Weimar

El boicot empujó a las autoridades alemanas a buscar áreas de influencia donde las decisiones aliadas en materia internacional no pesasen tanto. Los países neutrales durante la Gran Guerra se entendieron suelo abonado en el que arraigase las aspiraciones que la nueva política cultural germana estaba buscando. En el caso español, existía un valor añadido, que no era otro sino su posible papel como puente hacia Iberoamérica, donde algunos sectores económicos alemanes habían puesto un renovado interés. La lengua y los lazos culturales, que acercaban España a Iberoamérica fueron contemplados en Alemania como un posible punto de apoyo tanto directo como indirecto para las actividades económicas en el continente americano.

<sup>26</sup> Schröder-Gudehus, B.: *Deutsche Wissenschaft und internationale Zusammenarbeit, 1914-1928. Ein Beitrag zum Studium kultureller Beziehungen in politischen Krisenzeiten*, Geneve, Imprimerie Dumaret & Golag, 1966.

<sup>27</sup> Düwell, K.: *Deutschlands Auswärtige Kulturpolitik, 1918-1932. Grundlinien und Dokumente*, Köln-Wien, Böhlau Verlag, 1976, pp. 78-102 y 103 y ss.

España ofrecía, por su parte, un desolador panorama científico y educativo, con una universidad anclada en anquilosados parámetros lectivos, ajena a las corrientes dominantes en Europa. La investigación, salvo honrosas excepciones, era prácticamente inexistente. Sólo algunos círculos agrupados en torno al ambiente institucionalista intentaban romper con la apatía reinante. La Junta para Ampliación de Estudios (JAE) y los centros de ella dependientes en Madrid y el Instituto de Estudios Catalanes en Barcelona constituían la vanguardia de esos conatos de modernización científica y educativa. En este ambiente, determinados círculos intelectuales alemanes renovaron su interés por estudios hispánicos al calor del creciente interés que una política cultural exterior tenía para el país centroeuropeo. Los puntos de apoyo fueron precisamente Madrid y Barcelona, que contaban con la embajada y un consulado respectivamente. Los hispanistas alemanes encontraron una base sólida en determinados círculos intelectuales de Hamburgo, Bonn, Colonia y Berlín, de entre los cuales destacó la *Görresgesellschaft* (la Fundación Görres). Se trataba ésta de una organización católica, nacida durante los años de la *Kulturkampf* en Alemania y con estrechos contactos en España, de manera especial en Barcelona. La importancia de esta Fundación residió sobre todo en sus miembros, pues a ella pertenecieron Georg Schreiber y Heinrich Finke entre otros, los cuales desempeñaron, sobre todo el primero, un papel crucial en la política cultural de Weimar.

Los ámbitos de actuación abarcaron diferentes terrenos bien dentro de Alemania o bien en España. En el primer caso, lo más destacable fue la expansión de la enseñanza del español entre el mundo educativo alemán. En 1922 diferentes asociaciones alemanas, entre ellas la *Görresgesellschaft*, elevaron al parlamento una petición y redactaron un escrito en que solicitaban mayores recursos destinados a fomentar los estudios de cultura española en el mundo universitario alemán. Como señaló Schreiber<sup>28</sup>, hasta 1924 tan sólo había tres organizaciones que en Alemania pudiesen impartir español de una forma integral. A partir de 1924-5 su número ascendió a seis y en otras once fueron organizados cursos de lengua y cultura española. Los organismos más decisivos fueron la universidad de Bonn<sup>29</sup>, la universidad de Hamburgo junto con el Instituto Iberoamericano de esta misma ciudad y el lectorado abierto en Berlín desde 1921.

Ya en España y como parte de una tradicional política alemana, se crearon en diferentes ciudades una serie de colegios alemanes, donde acudían fundamentalmente los hijos de la comunidad alemana residente en España, pero también tomaron parte estudiantes españoles. Los más importantes de estos colegios fueron los de Barcelona (1884), Madrid (1896), Málaga (1898), Sevilla (1921), Bilbao (1917) y otros en Gijón, San Sebastián, Santander, Vigo, Valencia, Las Palmas, Puerto de la Luz y Santa Cruz de Tenerife, fundados a comienzos de los

<sup>28</sup> Schreiber, G.: «Spanien und Deutschland. Ihre kulturpolitischen Beziehungen», en Beyerle, K.; Finke, H. y Schreiber, G.: *Spanische Forschungen der Görresgesellschaft. Tomo I: Gesammelte Aufsätze zur Kulturgeschichte Spaniens*, Serie Primera, Münster in Westfalen, 1928, pp. 1-92.

<sup>29</sup> Las figuras más importantes fueron los romanistas E. Meyer-Lübke y O. Quelle.

años veinte<sup>30</sup>. Junto a los colegios, un segundo mecanismo de actuación fue el envío de profesores alemanes a España y la compra o intercambio de publicaciones con instituciones científicas y culturales españolas. En este intercambio jugó la *Notgemeinschaft* un papel muy importante, pues ella soportó económicamente el tráfico de profesores, libros y revistas<sup>31</sup>. En contrapartida, fueron la Junta para Ampliación de Estudios y el Instituto de Estudios Catalanes quienes respondieron con el envío de profesores, becarios y la compra o intercambio de publicaciones con Alemania.

No obstante, el paso más importante que la República de Weimar dio con vistas a reforzar las relaciones culturales hispano-germanas fue el Centro de Intercambio Intelectual Germano-Español fundado en Madrid en el año 1924. El primer intento significativo del Reich fueron los planes de Paul Fridolin Kehr en 1917 para la fundación de un Instituto de historia alemana patrocinado por la KWG, si bien las circunstancias de guerra obligaron a aplazar el proyecto<sup>32</sup>. En 1922 el profesor de la universidad de Hamburgo, F. Krüger, después de un viaje a España elevó al *Kulturabteilung* del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán un escrito en el que recomendaba el fortalecimiento de las relaciones culturales con España y, en especial, debido a que en Madrid existían algunos núcleos de actividad intelectual ya en marcha, en concreto, la Residencia de Estudiantes y el Centro de Estudios Históricos (CEH) con Menéndez Pidal, Américo Castro y Tomás Navarro Tomás, quienes le habían ayudado en su trabajo. Subrayaba este profesor que junto a productos comerciales era ya la hora de intercambiar con España también los productos del trabajo espiritual<sup>33</sup>. En parecidos términos elogiosos se expresaba el 2 de febrero de 1922 el profesor Leopold Wagner, quien en un escrito dirigido también al *Auswärtiges Amt* informaba sobre sus contactos en España con el Centro de Estudios Históricos y el Instituto de Estudios Catalanes<sup>34</sup>. Asimismo la embajada alemana en Madrid informaba el 7 de julio de 1921 que en España, con vista a posibles futuras empresas, no había tenido lugar un boicot de la ciencia alemana como consecuencia de la guerra<sup>35</sup>.

<sup>30</sup> Véase Schreiber, G.: «Spanien und Deutschland...», *op. cit.*, p. 20.

<sup>31</sup> Sería muy tedioso para el lector reproducir aquí una lista de profesores alemanes enviados a España y publicaciones españolas que acabaron en las bibliotecas alemanas. La falta de espacio también reduce esa posibilidad. No obstante quiero señalar que una lista de profesores alemanes que iniciaron viajes de investigación en España se puede consultar en Schreiber, G.: «Spanien und Deutschland...», *op. cit.*, pp. 34-36. Por su parte, existe en el caso de las publicaciones, un listado editado por la *Notgemeinschaft* en 1934 de todas las revistas extranjeras que fueron entregadas por ella a bibliotecas alemanas. Dicha lista se puede consultar bajo la siguiente referencia: *Verzeichnis der ausländischen Zeitschriften, die von der Notgemeinschaft der Deutschen Wissenschaft den deutschen Bibliotheken geliefert werden*, Berlín, *Notgemeinschaft der Deutschen Wissenschaft*, 1934. Entre ellas había más de cien revistas españolas, principalmente editadas en Madrid y Barcelona, si bien también había publicaciones de otras ciudades, aunque muchas menos.

<sup>32</sup> Pöppinghaus, E.-W.: *Moralische Eroberungen? Kultur und Politik in den deutsch-spanischen Beziehungen der Jahre 1919 bis 1933*, Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 1999, pp. 261-262.

<sup>33</sup> Documento fechado el 27 de abril de 1922 en el Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes, R 65467.

<sup>34</sup> Politisches Archiv des Auswärtigen Amt, R 64972.

<sup>35</sup> Politisches Archiv des Auswärtigen Amt, R 64979.

El ambiente parecía, por tanto, propicio para una iniciativa como la que la *Görresgesellschaft* tenía: fundar en España un centro para el cultivo de las relaciones culturales entre España y Alemania. Ya desde 1920 empezó a planearse un viaje de Heinrich Finke a España. Este viaje contaba con el apoyo de Harnack, que entró en contacto con el Ministro del Interior pidiéndole ayuda financiera para este viaje. Si bien el Ministro se mostró de acuerdo, el *Auswärtiges Amt* negó la ayuda por considerarlo un viaje con objetivos propagandísticos. Independientemente de los medios con que lo hiciera, Finke viajó en otoño de 1921 a España. La decisión de apoyar la fundación de ese centro parece tomada y la embajada en Madrid se muestra receptiva, pero Finke cometió la imprudencia de no pasar por Madrid, sólo por Barcelona, en su viaje y el embajador en España, Langwerth, se mostró muy disgustado por tal desplante. La consecuencia fue que desde este momento comenzó un tira y afloja por ver quien iba a nombrar a la persona que habría de dirigir el futuro centro. En esta discusión terció también Georg Schreiber, pero ni la embajada, ni el *Auswärtiges Amt*, ni la *Görresgesellschaft* se pusieron de acuerdo en la persona idónea, por lo que un abanico de nombres fue pasando y vetándose mutuamente. En esta larga discusión hay algo que sí merece la pena ser destacado y es una carta del embajador al director ministerial del *Auswärtiges Amt* el 23 de enero de 1922<sup>36</sup>. Se trata de una respuesta a la consulta que Heilbron, el director ministerial, dirigió a Langwerth acerca de la posibilidad de otorgar la dirección del centro al profesor Krüger. El embajador se mostró bastante disconforme con esa propuesta, porque al parecer Krüger mostraba tener ciertas simpatías hacia el Centro de Estudios Históricos y la Residencia de Estudiantes. Langwerth decía reconocer la importancia que estos centros tenían en la ciencia española del momento, pero lo fundamental era que a él determinados círculos «de confianza» le habían expresado su más profundo desagrado porque alguien con inclinaciones hacia núcleos dirigidos por hombres inspirados en las ideas de la «masonería» ocupara aquel puesto. Langwerth propuso, por ello, otro candidato que tuviera la virtud de relacionarse con el resto de ambientes científicos españoles y con quienes jugaban un papel importante en el espectro político y que, de otro modo, podrían ejercer una pasiva resistencia contra las actividades del nuevo centro.

Por fin, el candidato elegido, a recomendación del paleontólogo Hugo Obermaier, fue Moldenhauer<sup>37</sup> y el Centro empezó a funcionar en 1924, para cuyo funcionamiento el *Auswärtiges Amt* pudo contar con la experiencia del «Centro de Estudios Alemanes y de Intercambio», fundado dos años antes en Barcelona. En Madrid se impartieron cursos y conferencias, se organizaron veladas y actividades culturales de distinta índole. Comenzó siendo un modesto reducto en el colegio alemán, para alcanzar a partir de 1927 una mayor

<sup>36</sup> Politisches Archiv des Auswärtigen Amt: R 64478.

<sup>37</sup> Véase Moldenhauer, G.: «Aus der Tätigkeit der Arbeitsstelle für deutsch-spanische Wissenschaftsbeziehungen in Madrid», en *Iberoamerikanisches Archiv. Zeitschrift des Ibero-Amerikanischen Forschungsinstituts der Universität Bonn*, año 3, cuaderno 1, marzo 1929, págs. 1-11.

extensión con la adquisición de un local propio en Zurbano 32. El Centro de Intercambio Intelectual fue también un servicio de información para estudiantes o investigadores españoles que deseaban ir a Alemania. Asimismo publicó hasta tres revistas periódicas, el «Boletín Bibliográfico», «Investigación y Progreso del Centro de Intercambio Intelectual Germano-Español» y «Conferencias dadas en el Centro de Intercambio Intelectual Germano-Español», donde colaboraron tanto intelectuales españoles como alemanes. Las actividades del Centro de Intercambio fueron bastante considerables en cantidad y experimentaron un crecimiento y madurez creciente con el paso de los años. Sus contactos con la Junta para Ampliación de Estudios fueron estrechos y gracias a su mediación se consiguió arbitrar negociaciones entre la entidad española y la *Notgemeinschaft* con vistas a la mutua colaboración en el intercambio de bibliografía y publicaciones en 1929, así como en el nombramiento de lectores en centros españoles y alemanes<sup>38</sup>.

Las relaciones con el Centro de Estudios Históricos fueron bastante buenas, pero la carta de Langwerth demuestra como la vinculación de la JAE, de la que dependía el CEH, con ambientes institucionistas supuso en ocasiones un freno, si bien nunca fue decisivo<sup>39</sup>. Lo que sí hay que poner de relieve es que a finales del siglo XIX y comienzos del XX operaron una serie de cambios en la forma de entender la ciencia y, sobre todo, la política científica. Esa transformación fue asumida por una parte de los científicos, que interpretaron un nuevo rol como administradores de recursos estatales o donaciones privadas. La pelea, que con la Segunda Guerra Mundial terminaron perdiendo los científicos, fue la que les enfrentó a los círculos políticos, que con matices nacionales, consideraron como derecho propio marcar las líneas de actuación de una política científica que ellos financiaban con las partidas del presupuesto. La lucha entre autonomía científica y control estatal la tuvo que librar la *Notgemeinschaft* en Alemania y la Junta para Ampliación de Estudios en España. Todo ello ocurrió en unos años, en que el cultivo de la ciencia adquirió proporciones nunca antes conocidas y, aparte de sus aplicaciones prácticas, algunos intelectuales vieron en su ejercicio una alternativa moral de poder.

<sup>38</sup> Pöppinghaus, E.-W.: *op. cit.*, 1999, pp. 273-280. A lo largo de las páginas de este libro, Pöppinghaus lleva a cabo un estudio más detallado de las actividades del Centro de Intercambio Germano-Español y sus repercusiones.

<sup>39</sup> José Castillejo, secretario de la Junta, creyó que «en general la resistencia no era grande y la culpa de los fracasos de la Junta debe achacarse a sus propios defectos y no a sus enemigos». Cita en Castillejo, J.: *Guerra de ideas en España. Filosofía, Política y Educación*, Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente, 1976, pág. 111.